



12 de agosto de 1881

El espíritu apostólico – La condición mas necesaria para adquirirlo es la renuncia de sí mismo

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Como el espíritu apostólico forma parte del espíritu de la Asunción, he querido buscar en el Evangelio algunas palabras que me lleven a decir cosas que nos sean útiles. Nuestro Señor envió a sus apóstoles y les dio enseñanzas, que encontraréis en el Evangelio. También envió a los setenta y dos discípulos; los envió antes que a los apóstoles para prepararles el camino. Quizá, puesto que no tenemos el honor del sacerdocio, sería mejor que estudiáramos lo que Jesucristo enseñó y mandó a los discípulos, los que prepararon el camino a los apóstoles.

En la enseñanza, en el trato con las almas, ya sea en una posición más alta o más humilde, todas podemos preparar el camino a Jesucristo. La portera por su dulzura y recogimiento, la hermana lavandera por su paciencia con las niñas, todas por su edificación, su espíritu religioso, su oración, su conducta, pueden preparar el camino a Jesucristo en las almas. Sabéis que San Francisco de Asís salió un día con uno de sus seguidores, que sin decir palabra pasó por el pueblo con pobreza, recogimiento y modestia, y que al volver dijo: «*Hermano, hemos predicado*». Comprenderéis que cualquiera puede predicar de esta manera.

Quisiera insistir en un punto que tal vez os sorprenda, y es que lo más necesario para el espíritu apostólico es la renuncia a uno mismo y el vacío del propio espíritu. No dejarse gobernar por el propio espíritu, no seguirlo, es la condición esencial para hacer cualquier bien en la tierra. Este es el punto que quiero desarrollar en las enseñanzas que nuestro Señor da a sus discípulos.

Antes de hacerlo, quisiera ofrecer una palabra de consuelo. Nuestro Señor les dijo: *En cada casa en la que entréis, decid primero: Paz a esta casa; y añadió: Si hay allí un amigo de la paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, volverá a vosotros*¹. De esto se deduce que ni siquiera los discípulos, ni siquiera los apóstoles, tuvieron siempre éxito. Cuando queremos llevar el conocimiento y el amor de nuestro Señor a un alma, no por eso lo llevamos siempre. Si nos encontramos con un hijo de la paz, la paz se posará sobre él. Si no, la paz volverá a nosotras, si esa alma no quiere recibir la gracia de conocer a nuestro

¹ Lc 10, 5-6.

Señor Jesucristo. A nosotras nos corresponde el mérito de la intención que hemos tenido, de la edificación que hemos podido dar, del bien que hemos querido hacer.

Ahora llego a la palabra principal: *os envío como corderos en medio de lobos*². Hemos visto en una homilía del breviario que el Señor se compromete a guiar a los corderos, a ser su pastor. Notemos que sólo conduce a los corderos. Si dejamos de ser corderos, ya no es Él quien nos guía. No guía a los sabios (aunque se puede ser cordero y sabio al mismo tiempo), ni a los inteligentes, ni a los poderosos, ni a los fuertes, ni a los que tienen gran fe en su propia sabiduría: guía a los que tienen espíritu de cordero, es decir, espíritu de mansedumbre y humildad, a los que no tienen ningún tipo de apoyo en sí mismos. He elegido este tema deliberadamente porque hablo ante muchas superiores locales³.

Si alguien necesita liberarse de la autosuficiencia, son las superiores en particular. Necesitan más que las demás ser gobernadas por el espíritu de Dios, vivir y actuar bajo su influencia. Y por poco apoyo que tengan en sí mismas, en esa medida pierden el apoyo que deberían tener en Jesucristo. El que debería guiarlas ya no las guía. Ya no encuentra en ellas el carácter de los corderos cuyo pastor es él. Es su propio espíritu el que las guía. El deber de las superiores, por el contrario, es ser muy dóciles en el seguimiento del espíritu de Dios y no confiar en su propia sabiduría. Deben ser como aquellas de quienes dijo nuestro Señor: *Padre, yo te alabo: lo que has ocultado a los sabios y entendidos, lo has revelado a los más pequeños*⁴.

Pero no hablo sólo para las superiores. Cada una, en su trabajo, necesita esta dimisión de su propio espíritu, que la hace esforzarse por cumplir perfecta y enteramente la voluntad de Dios. Hay que tener la firme voluntad de atenerse sólo a ciertas cosas que son voluntad de Dios. Con la necesaria medida de firmeza, debe haber también una cierta medida de humildad y dependencia. Las superiores locales tienen la ventaja de poder depender de la superiora general. Pueden, y de hecho deben, ser responsables y dependientes en todo lo que concierne a su casa, en lo temporal y en lo espiritual, en la enseñanza, en el gobierno de la casa y en las relaciones con el mundo exterior.

¿Significa esto que la propia superiora general puede apoyarse en ella misma y confiar en su propia sabiduría? La Congregación sería muy desgraciada si la superiora general se apoyara en su propio espíritu. La Regla ha tenido cuidado de rodearla de más precauciones que a las demás: tiene asistentas y consejeras. Es su deber, en asuntos de cierta importancia, dejarse aconsejar, dejar de lado la visión de su propio espíritu y tomar una visión más general de las que se le presentan y que parecen estar más en consonancia con los designios de Dios. Digo estas cosas porque serán útiles cuando yo ya no esté.

Para evitar este mal de seguir la propia idea, os daré un medio, porque se necesita uno: tened la más constante, afectuosa y fiel devoción a la santa voluntad de Dios. Que cada una de vosotras, cuando se despierte, cuando se levante, cuando trabaje, busque hacer sólo la voluntad de Dios. Que la voluntad de Dios sea precisamente aquello para lo que buscamos tener voluntad. Cuando podamos decirnos a nosotras mismas, en conciencia, que es ciertamente voluntad de Dios que tal o cual persona corrija tal o cual falta, que tal o cual abuso no reine más en una casa, que la Regla sea observada en esto o aquello, entonces debemos poner toda nuestra voluntad en hacer la voluntad de Dios.

Toda superiora, por ejemplo, debe procurar que nadie se disipe a cualquier hora del día. Está obligada a mantener la caridad, a no permitir conversaciones irregulares, palabras de crítica, la manifestación de problemas, tentaciones, cobardía del alma. Así, si una

² Lc 10, 3.

³ "Particulares": palabra empleada por madre María Eugenia.

⁴ Mt 11, 25.

hermana mal dispuesta quiere extender esto a dos o tres, la superiora debe impedirlo, porque es la voluntad de Dios. Ella debe aplicarse a mantener todo lo necesario para la santificación de las almas, todo lo necesario para que la Congregación no vaya cuesta abajo, porque es la voluntad de Dios.

Es voluntad de Dios que la obra del internado se haga de tal modo que procure la santificación de las almas, que el espíritu sea cristiano, que la enseñanza sea buena, bien dada, sencilla, de modo cristiano, que las hermanas edifiquen a las niñas y a las personas del mundo, que no se vuelquen fuera, como exige nuestra Regla.

Todas estas cosas son sencillas, tan sencillas como es posible para una religiosa que consulta sus reglas y la voluntad de Dios. Si quiere ser un cordero de nuestro Señor, debe serlo en la obediencia y en la *caridad*, pero con toda la firmeza que pueda impedir el mal, porque nuestro Señor dijo: *Si alguien escandalizara a uno de estos pequeños, más le valdría que le colgaran al cuello una de esas piedras de molino giradas por asnos, y lo arrojaran al mar*⁵. Dice en otra parte: *Ni una sola letra, ni una sola tilde desaparecerá de la Ley hasta que todo se cumpla*⁶.

Cada hermana conoce la voluntad de Dios; sabe lo que debe hacer para santificarse en su trabajo, y su deber es hacer lo que Dios quiere. Pero a veces tenemos la tentación de querer conocer y juzgar el trabajo de los demás, lo que Dios quiere que haga la ecónoma cuando nosotras no lo somos, o la directora del internado cuando nosotras no lo somos. Esto no está ni en el orden ni en la voluntad de Dios. La voluntad de Dios nos coloca a cada una de nosotras en un círculo que debemos llenar perfectamente, saliendo de nuestra propia idea y haciendo, con obediencia, fervor y amor, lo que Dios nos da para hacer. Si hay alguna imperfección en el prójimo, ahí está la regla de las advertencias. Si vemos algo en la casa que está desordenado, avisemos a la superiora para que lo remedie. Luego volvamos a nuestro círculo, para hacer perfecta y humildemente la voluntad de Dios.

Como veis, hermanas mías, hay tres espíritus que gobiernan constantemente nuestras almas, o más bien que parecen gobernarlas constantemente. En primer lugar, está el espíritu de Dios, que es el que debemos seguir.

No en vano, después de haber recibido en el Bautismo a la Santísima y Adorabilísima Trinidad, que imprimió en nuestras almas un carácter sobrenatural, recibimos el Espíritu de Dios mediante un segundo sacramento que también imprimió un carácter. El Espíritu Santo ya estaba en nosotras, puesto que toda la Santísima Trinidad había descendido a nuestras almas en el Bautismo. Estaba en nosotras porque, si nuestra alma es pura y sin pecado, desciende a ella para hacerla su templo. Sin embargo, con la Confirmación desciende en nosotras de modo especial. ¿Por qué lo hace? El Espíritu santificador viene a darnos la fuerza para servir a Dios, para dirigirnos en la santidad, para hacernos cristianos perfectos.

Así como el bautismo imprime en nosotras una disposición a las tres virtudes teologales, la confirmación derrama en nosotras los siete dones del Espíritu Santo y nos da la fuerza para recorrer un camino más alto, más santo, más perfecto y más santificador. Si el Espíritu nos ha elegido para ser su templo, si nos ha marcado con su sello especial, es porque quiere guiarnos por medio de los siete dones que ha impreso en nosotras. Es porque debemos obedecer a este Espíritu divino, consultarle y seguirle sin cesar.

En la oración, el alma está bajo la impronta del Espíritu de Nuestro Señor. Él no es el único que aparece. También en la oración habla el espíritu propio. Dichosas vosotras, hermanas mías, si no le oís. Se presenta, presiona para esto o aquello. Necesitamos un gran discernimiento para obedecer al Espíritu de Dios y no a nuestro propio espíritu. La

⁵ Mt 18, 6

⁶ Mt 5, 18.

obediencia, la humildad y la entrega nos ayudan a discernir este Espíritu de Dios de los otros dos espíritus. Esta ciencia es una gran cosa. Los santos han dado reglas sobre el discernimiento de los espíritus.

Por último, el tercer espíritu, que es aún peor, es el espíritu del mal. Este espíritu maligno siempre está ahí. Intenta persuadirnos, insinuarse en nosotras. Se aprovecha de nuestras disposiciones para hacernos caer en sus trampas. Si somos orgullosas, trata de meterse por ahí; si somos perezosas, trata de ablandarnos aún más; si somos propensas a la crítica, nos habla al oído, nos señala tal o cual defecto, nos dice que no se nos escapa nada, que somos ingeniosas y que vemos bien las cosas.

Luego, en la oración, nos empuja a hacer cosas que parecen buenas, pero que hay que solucionar. Para algunas, será hacer grandes austeridades sin permiso, o rezar sin permiso, o no comer la cena que nos presentan. Todo esto lleva la marca del espíritu del diablo. Todo esto no sirve para nada, porque no está en el orden de la obediencia, ni de la humildad, ni de la santificación de las almas, y no conduce a la meta. Lleva a veces a lecturas muy elevadas. Oímos decir: «Lo ordinario no va conmigo: leo *la Imitación* desde niña. Todo el mundo conoce el Evangelio. *La perfección cristiana* es elemental... Para mi vida interior, necesito algo más elevado”.

Una vez conocí a una persona que iba a un estante y cogía un libro que no le habían dado, lo leía en secreto y luego lo devolvía, porque pensaba que sería una buena lectura para su alma. ¿A qué conduce todo esto? Es el espíritu del diablo. Se tiene que confiar en su superiora. Dios siempre permitirá que los libros que recibáis con obediencia sean aquellos de los que saquéis más fruto.

Ciertamente, se puedes decir a su superiora: «Si leyera al padre Surin o el libro del hombre que tuvo éxtasis, creo que me haría bien». Pero si la superiora te responde: «Lee las virtudes de San Vicente de Paúl», tienes que creer que tiene razón. Si te basas en las virtudes, seguro que vas al cielo. Si te basas en la imaginación, nunca llegarás.

En cuanto a mí, os lo diré humildemente (quizá porque no soy un alma que vuela alto), pero siempre he encontrado que los libros elementales son los más nutritivos. Libros absolutamente sólidos como *La imitación* y Las virtudes de San Vicente de Paúl siempre hacen bien. Podría leerlos durante un año y seguiría encontrando algo que aprender de ellos. Lo mismo ocurre con las conversaciones de San Francisco de Sales y muchas otras obras. Pero el *yo* y el *mí* son odiosos, y no quiero seguir hablando con vosotras desde un punto de vista personal. Puedo equivocarme, pero me parece que, si a mí me bastaron estos libros, a otras también les pueden satisfacer.

Tengo otra observación que hacer, y es la siguiente: no es necesario que las superiores no cometan errores. Pero es absolutamente necesario que aceptemos su decisión, aunque haya un error.

Pero no puede haber ningún inconveniente en daros un libro sobre la obediencia, la caridad, la pobreza, los deberes de la vida religiosa, como las enseñanzas de Rodríguez tan aprobadas en la Iglesia. Es imposible que os lleve a pastos donde encontréis hierbas malsanas. Esta disposición forma parte de ese estado de corderito pequeño, humilde, pobre, en el que el Señor quiere que estemos, para ser verdaderamente discípulas suyos y hacer el bien a las almas.

Nunca debemos escuchar al espíritu maligno. Siempre viene al hombre con espíritu de soberbia. Siempre hay más o menos de estos sentimientos en lo que nos propone.

No siguiendo ni a nuestro propio espíritu ni al espíritu maligno, podremos santificarnos bajo la influencia de Dios y conducir a los demás a ella. Este es el espíritu apostólico que debemos buscar aquí abajo.